

LA NOCHE DE LOS SECUESTRADORES

Por Abel HERNANDEZ

LOS «grapos» habían dictado su ultimátum. La vida de un hombre bueno estaba en peligro. La familia Oriol rezaba y lloraba, pendiente cada segundo del teléfono, esperando el milagro y temiendo la tragedia a la vez. Dos abogados partían rumbo a París en un avión especial a ver si aún había tiempo para el diálogo. En las Redacciones de los periódicos se agotaban los cigarrillos y el café.

En algún lugar, la plana mayor del Gobierno trataba de encontrar desesperadamente una salida al túnel de la irracionalidad. Don Rodolfo Martín Villa, un minuto antes de cumplirse el plazo, aparecía en Televisión Española. Era una respuesta a los terroristas: el Gobierno no puede ceder al chantaje —vino a decir—, pero se va a dictar un decreto generoso de clemencia. ¿Sería suficiente esta respuesta?

Llovía mansamente en la madrugada madrileña. Era una invitación a la calma. Los árboles de Navidad estaban plantados en las esquinas. ¿Bastaría este llamamiento a la paz y a la concordia para no apretar el gatillo asesino? El padre De Pons Llovet, conocido preso político, hacía un lúcido llamamiento urgente: «Queremos la libertad de todos los presos políticos a través de una amnistía, no a través de un muerto. Entendemos que el señor Oriol es, en estos momentos, preso político.» ¿Bastaría para llevar cordura a estas almas enfermas?

Aún no lo sabemos. El más espeso silencio cubrió la alta madrugada. El Gobierno sigue reunido. La familia continúa esperando el milagro. Los abogados traían aún en París de lograr el diálogo. En las Redacciones de los periódicos se multiplican las llamadas telefónicas y se sigue consumiendo café y cigarrillos. Los secuestradores ya han tenido su noche, mientras llovía mansamente sobre Madrid y estaban plantados en las aceras los árboles de la Navidad.